

HOMILIA DEL CARDENAL FERNANDO VÉRGEZ ALZAGA, REPRESENTANTE DE PAPA FRANCISCO, PARA LA BEATIFICACIÓN DEL CARDENAL EDUARDO FRANCISCO PIRONIO, SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN (ARGENTINA), SÁBADO 16 DE DICIEMBRE DE 2023.

"Magnificat", "Magnificat" ! Es la palabra y la oración que hoy nace espontánea en nuestros corazones. Es la palabra que resume la vida del Cardenal Eduardo Francisco Pironio, es la palabra que repite continuamente en su Testamento espiritual como expresión de gratitud al Señor y a María, Nuestra Madre. También hoy nosotros queremos agradecer a Dios el don de la vida del Cardenal Pironio a la Iglesia y a todos nosotros, queridos hermanos y hermanas todos en Cristo.

Siento el deber de agradecer profundamente al Santo Padre, Papa Francisco, el don de su Beatificación hoy, aquí, a los pies de Nuestra Señora de Luján, corazón de la Argentina, donde el quiso ser enterrado. Gracias, Papa Francisco, por este don de quien fue hermano, padre y maestro para todos nosotros: su palabra, su vida y ejemplo están siempre presentes en nuestros corazones. En una memoria redactada en 2008 el entonces Mons. Bergoglio escribía: el Cardenal *"te abría un panorama de santidad desde su profunda humildad. Te abría horizontes, experimentabas que no cerraba nunca la puerta a ninguno. Demostraba una gran paciencia. En esto reflejaba el amor de Dios por nosotros"*.

Hoy es un día de fiesta y de alegría para todos obispos, sacerdotes, consagrados, laicos y jóvenes, para toda la Iglesia y para toda la Argentina. Es un día de fiesta también para mí, y para todos los que conocieron al Cardenal Eduardo Francisco Pironio, hijo de esta tierra. En la Carta Apostólica, el Santo Padre describe al nuevo Beato como *"humilde Pastor según el espíritu del Concilio Vaticano II, testigo de esperanza y paciencia evangélicas, defensor denodado de la causa de sus hermanos más pobres"*.

Estas palabras resumen las vicisitudes humanas del Cardenal que supo vivir siguiendo a Cristo en cualquier situación en la que se encontrara, comenzando, cuando siendo un joven sacerdote, prestó servicio pastoral en el Seminario de la diócesis de Mercedes (hoy Arquidiócesis de Mercedes-Luján), como profesor de literatura, dogmática, cristología, teología sacramental, teología fundamental y filosofía. En este Santuario mariano de Luján fue ordenado sacerdote el 5 de diciembre de 1943 y recibió la ordenación episcopal el 31 de mayo de 1964. Existe, pues, un vínculo indisoluble entre el nuevo Beato y María, Nuestra Señora de Luján, aquí venerada por los fieles de toda la Argentina, vínculo que se perpetúa aún después de su muerte y sella su amor a la Virgen cuya presencia goza en el Cielo.

Pero, ¿qué significa que el Cardenal Pironio sea declarado hoy Beato? Cuando un hombre o una mujer son declarados Beatos por la Iglesia,

significa que han alcanzado la plenitud de la felicidad, de la alegría, en la contemplación de Dios en la gloria del Cielo. El Cielo, en palabras de Jesús, es entrar "en la alegría del Señor". La Iglesia confirma que la persona está en íntima comunión con Dios y lo hace después de un largo proceso, en el que se examina su fama de santidad, sus virtudes heroicas, es decir, su vida ejemplar, sus escritos, y la comprobación de un milagro atribuido a su intercesión, estudiado por un grupo de médicos especialistas, con una investigación muy seria.

El domingo 28 de setiembre de 1975, antes de partir hacia Roma para hacerse cargo de sus nuevas tareas como Pro-Prefecto de la Congregación para Religiosos e Institutos Seculares, el Beato improvisó una oración, en la que expresó su obediencia al Padre aunque le costara sacrificio y renuncia y se encomendó a Él para la nueva vida que le esperaba en la Curia Romana. Escuchamos sus palabras: *"Señor, yo quiero dejar en tu corazón anonadado mi propio anonadamiento, mi propia cruz, lo que me cuesta partir, lo que me cuesta hacer tu voluntad. Una vez te dije que sí, cuando me llamaste para ser sacerdote. Era muy joven y te dije que sí. No tenía tal vez conciencia de lo que significaba ese sí. Tampoco María, la Madre de Jesús, cuando dio su consentimiento para ser Madre; lo comprendió cuando llegó la Cruz"*. Entonces recordó cuando muy joven fue ordenado sacerdote en esta Basílica de Nuestra Señora de Luján: *"También dije que sí y salí alegre a anunciar la Buena Noticia, a proclamar a los hombres que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"*.

"Señor: gracias por haberme acompañado siempre. Por haberme hecho sentir tres cosas muy claras, Señor: que Dios es mi Padre y me ama; que es necesario vivir la fecundidad de la Cruz para ser semilla y que María, Nuestra Madre, está siempre a mi lado. Tres cosas muy claras: el Padre, la Cruz y María". Después añade unas palabras de despedida de sus amigos, sus feligreses argentinos, concluye: *"Señor: yo tengo que partir y ellos se quedan. Pero nos vamos todos juntos, tomados de la mano; vamos hacia la Pascua, hacia el encuentro definitivo"*. Ahora él está viviendo esta Pascua, él está en la plena unión con la Santísima Trinidad, y por eso, está aquí entre nosotros, en la comunión de los Santos, no nos deja solos, sino que está cerca de nosotros para caminar junto a su pueblo, a su gente, a su nación.

Al comenzar su ministerio en Roma escribe en su diario: *"8 de diciembre. ¡Fiesta de la Inmaculada! Hoy comienza oficialmente mi vida y mi ministerio en Roma, junto al Sto. Padre. Acabo de celebrar con él la Misa en San Pedro. Una emoción muy honda, muy de fe, aunque poco sensible. Necesito estar a solas y orar más. Fueron 2 horas de larga y silenciosa contemplación del Misterio de la Iglesia en María. ¡El Papa me ha llamado a trabajar a su lado! No sé nada, ni puedo nada. Pero me entrego como*

María: "Sí, soy el servidor del Señor: que se haga en mí según tu Palabra". Hace 2 días que llegué a Roma. Me cuesta mucho acostumbrarme. Todos me reciben con cariño. Sobre todo, todos me esperan con esperanza. Creen que voy a cambiar el mundo y la Iglesia. Me creen sabio y santo, equilibrado y abierto, simple y pobre. ¡Qué equivocados todos! Pero quiero serlo, Señor. Quiero serlo, María. Yo confío en Ti. Me pongo filialmente en tus manos. Quiero ser fiel y vivir la Iglesia, amar a Cristo, servir al hombre. ¡Cómo me costó dejar la diócesis y el Celam, la familia y la patria, los amigos y parientes! Ahora estoy solo en la ruta: pero el Señor está conmigo. ¡Qué confianza!"

El nuevo Beato, como joven, fue llamado a seguir a Cristo para ser después un celoso ministro de la Iglesia y manifestar a todos las gloriosas riquezas de su misterio salvífico. Su inmenso amor a Cristo se transformó en amor a los hermanos, para que ellos a su vez pudieran experimentar las riquezas del Corazón divino. Quería que todos tuvieran acceso a los beneficios de la redención, y por eso se hizo todo a todos para velar por ellos en la causa de Cristo. Y el anuncio de Cristo Salvador lo hizo con absoluta fidelidad a la cruz y, al mismo tiempo, con ejemplar alegría evangélica en las dificultades, como cuando tuvo que dejar a su País. La característica del Cardenal es que a lo largo de su vida supo afrontar las pruebas y las dificultades con serenidad, con una sonrisa en la cara. Como su secretario particular en Roma durante muchos años, experimenté verdaderamente su paz interior, su profunda amistad con Dios y su espíritu de santidad. Es un hecho que han experimentado todos los que lo han encontrado y conocido. Por otro lado, la alegría en las pruebas y en los sufrimientos es una característica de los Santos. Al fin y al cabo, las bienaventuranzas no son más que un himno a la alegría. Hay muchas virtudes - como la fe, la esperanza, la caridad - que nuestro Beato vivió con heroísmo. Pero estos hábitos virtuosos los interpretó a la luz de las bienaventuranzas, de la mansedumbre, la misericordia y la pureza de corazón. Los testimonios son concordantes a este respecto.

Fue un ejemplo vivo de fidelidad al Evangelio, a la Iglesia y al Magisterio del Papa. Huyendo de todo personalismo, comunicaba la verdad del Evangelio y la integridad de la tradición. Su vida espiritual se nutrió de la piedad eucarística, de gran devoción mariana y de la veneración a los Santos. Fue misionero con la palabra y con el ejemplo; fue un proclamador del Evangelio con todo su ser, es más, hizo de la misión su objetivo diario.

En 1984 fue nombrado Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos. Su acción se desarrolló en torno a tres prioridades: formación, comunión y participación, en profunda sintonía con San Juan Pablo II. Su actividad pastoral y apostólica se manifestó sobre todo en la organización y promoción de los laicos y en particular de los jóvenes y de las Jornadas

Mundiales de la Juventud. Escribía en enero de 1995, durante el desarrollo de la X Jornada Mundial de la Juventud a Manila en las Filipinas, presidida por San Juan Pablo II: *"Hoy se trata de elegir de nuevo al Señor y comprometemos a servirle: como misioneros, en el corazón de la sociedad. "Como el Padre me envió, yo también los envió". Acogemos a Cristo "la piedra angular" (en su Palabra, en su Eucaristía) y nos disponemos a formar como Iglesia la comunidad de los nuevos peregrinos que quieren anunciar la Buena Nueva de Jesús en el corazón de la sociedad y construir con todos los hombres de buena voluntad la nueva civilización del amor. Caminamos con María, "la madre de Jesús"*.

Hay una virtud que el Cardenal vivió de forma extraordinaria, considerándola un instrumento indispensable de santidad y apostolado: la humildad, como imitación e identificación con Cristo manso y humilde de corazón. De hecho, había interiorizado la actitud del Señor Jesús, que no vino a ser servido, sino a servir. También para él, como para San Agustín, la humildad era el hogar de la caridad. No era una humildad dura, ostentosa y exasperada, sino amorosa y gozosa. Para él, la humildad era la llave que abría la puerta de la santidad, mientras que el orgullo era el gran obstáculo para ver y amar a Dios. Expresó su pensamiento durante una conferencia a los sacerdotes, cuando afirmó: *"Tener constantemente esta experiencia del amor de Dios. Tenerla en los momentos de oración y adoración, y en los momentos de generosa donación a los demás y de alegría compartida con nuestros hermanos sacerdotes. El día en que perdemos esta experiencia y esta conciencia de que Dios es amor y por eso nos ha elegido y nos ha enviado, la vida se nos vuelve sombría; nos cansamos y desalentamos, nos aburrimos y entristecemos, perdemos la alegría de ser sacerdotes, de celebrar cotidianamente la Eucaristía y de interiorizar la Palabra del Señor, dejando que la semilla germine en nuestra tierra buena; perdemos el gozo de la disponibilidad y del servicio"*.

Cuando hablaba de su vida sacerdotal, sentía la alegría de ser sacerdote, y añadía que su vida estuvo marcada por tres grandes amores y tres grandes presencias: el amor y la presencia del Padre, el amor y la presencia de María, Nuestra Señora, el amor y la presencia de la Cruz. Y cuando hablaba de la Virgen era porque había experimentado su presencia en su vida. El Rosario, subrayaba, aparentemente monótono, dice mucho, es la profundidad de los misterios de la Salvación a través de los misterios del Hijo, contemplados desde el Corazón de María.

Así, cuando hablaba de la Cruz, no hablaba por teoría, sino por experiencia, porque el Señor la había regalado sobreabundantemente, más de lo que humanamente lo hubiese deseado. Cuando era joven sacerdote le gustaba mucho repetir en el Stabat Mater, aquella expresión, aquella estrofa: *"Fac me plagis vulnerari, fac me cruce inebriári, et cruore Filii"*. *"Hazme*

emborrachar con la Sangre de tu Hijo". Y el Señor le había tomado en serio la palabra. Por eso, no estaba arrepentido y le decía al Señor: *"Gracias por la Cruz de cada día"*. La fecundidad, la alegría, la esperanza, añadía, nacen verdaderamente de la Cruz Pascual, nacen necesariamente del corazón de la Cruz Pascual.

El Cardenal estaba convencido que una actitud fuertemente contemplativa es absolutamente necesaria para toda la Iglesia, en un momento en que toda la Iglesia cobra conciencia de su misión profética. *"No puede haber una verdadera profecía - subrayaba - no puede haber una verdadera evangelización - y es la urgencia de la Iglesia de hoy -, si no es desde el interior de la contemplación"*. La contemplación abre a la santidad, abre a la comunión con Dios, a su Corazón misericordioso. Esta es la entrega que hoy nos hace el Beato Eduardo Francisco Pironio: nos invita a ser santos como él, viviendo una santidad amable, misericordiosa y humilde. La Iglesia y el mundo necesitan de la santidad para contrarrestar la contaminación de las malas prácticas y de la corrupción. Los Santos nos invitan a introducir en el seno de la Iglesia y de la sociedad el aire puro de la gracia de Dios.

El Santo Padre, Papa Francisco, dijo que *"hay santidad en América; se ha sembrado y se sembrará mucha santidad"*. El Beato es expresión de esta santidad, que brota del corazón del continente americano, que es fiel al Evangelio. Por eso, la beatificación del Cardenal Pironio es una buena noticia, es una fiesta de alegría y de fraternidad. Es un don del Espíritu Santo para la Iglesia y para la noble nación Argentina.

Concluyo con la invocación del nuevo Beato: *"Te elevo mi oración, Señor, por la mediación de María Santísima, tu Madre y Madre nuestra, Madre de Cristo sacerdote y de los sacerdotes. María, la humilde esclava del Señor, la Virgen pobre, contemplativa y disponible, la Madre de la Iglesia y Madre mía. La Virgen del Fiat y del Magnificat. La Virgen causa de nuestra alegría y Madre de la santa esperanza. Y tú, oh María, en cuyo santuario de Luján, en Argentina, fui ordenado sacerdote y obispo, ayúdame a vivir con fidelidad la alegría de mi sacerdocio y a cantar contigo mi Magnificat sacerdotal"*.

Beato Eduardo Francisco Pironio, ruega por nosotros.